Palabra de cuentero[1]

Nicolás Buenaventura Vidal / El oficio de contar

¿Qué cuento?

La presente reflexión parte de mi experiencia y trabajo como cuentero. Es una versión nueva y digamos, muy *corregida* y poco *aumentada*, (más bien resumida) de un texto que escribí para un seminario internacional: Reimagining Peace After Massacres[2]. Dicho texto era un intento por observar la memoria y el olvido en mi práctica y formular, al respecto, algunas hipótesis y algunas preguntas que me siguen pareciendo pertinentes.

Lo que hago es contar historias milenarias y contemporáneas, me gusta decir que son historias como el tiempo, de ayer y de hoy. Cuento cuentos de la noche de los tiempos, de reyes, reinas y vagabundos, de ministros justos, de guerreros valientes y leales… es decir, de tiempos que, a simple vista, parecen muy alejados de los nuestros. Pretendo, sin embargo, que mi trabajo hable del presente, que es lo que me interesa.

Lo que hago no es un trabajo de memoria, no es un trabajo de recuperación ni de recopilación. No tengo los instrumentos ni el saber. Puede darse la desafortunada situación en la que sea testigo de la última historia de un pueblo que está a punto de desaparecer y ser, sin embargo, incapaz de retransmitirla, de contarla. Los cuentos que narro son aquellos que me superan, que me asombran, que me convierten en otro. No creo que todas las historias merezcan ser contadas en todas partes. He ido a comunidades donde me han contado historias que no divulgaría. A mis ojos son como las piedras en el río, en cuanto uno las saca del agua pierden su brillo y color. Nunca he podido saber, a ciencia cierta, qué es lo que una historia transmite, cómo se la puede traducir a otros lenguajes, cómo se pueden extraer de ella datos unívocos sobre determinada manera de comportarse, de ver el mundo. Dicho de otra manera: no sé qué es lo que una historia quiere decir, a duras penas sé lo que dice y nada más.

En algunas culturas del mundo, el arte de la palabra ha alcanzado las dimensiones de un espectáculo total: los aedas en la antigua Grecia, los cuentacuentos celtas, los narradores árabes en África del Norte, los griots en África del Oeste, los contadores de historias entre los mayas, en el Japón, en la India… Busco esa dimensión. Para ello parto del cuentero popular tradicional en mi cultura. En particular, de los viejos cuenteros de la Costa Pacífica Colombiana, donde crecí, y de los cuenteros de mi familia.

Hace poco, en Colombia, un periodista astuto me preguntó *¿Y a las mujeres les gusta que les eche el cuento?*[3] Es difícil encontrar una buena salida para encerronas como esa, sobre todo con una cámara delante y un micrófono pegado a la nariz. Por suerte, en ese instante recordé una ocasión en la que, en República Dominicana, una mujer habló de mí diciendo: *Ese hombre hace cuentos y esta tarde va a hacer cuentos en el teatro*. Es como dicen allá, *hacer cuentos*. Así que le respondí al astuto: *No lo sé… No me gusta echar el cuento, prefiero cuando el cuento nos hace.* Creo que ese es el sentido que busco, que el cuento se haga, en y con quien lo escucha, y me haga mientras lo cuento.

¿Cómo trabajo?

Un célebre vallenato bautiza a Colombia, como "la tierra del olvido" y es un hecho flagrante, lo más histórico que hay en mi país es la amnesia. Se da por decreto, la estamos viviendo actualmente, en este año de 2009, cuando se prepara una 3ª elección del actual presidente de la República. Seguimos viviendo en Macondo, en los años de la peste del insomnio, años en los que, a fuerza de no dormir, los habitantes del pueblo olvidan y deben volver a nombrarlo todo y escribir, en los objetos, el nombre y la función, para recordar. La nueva moda, para paliar la amnesia reinante, son las aguas tibias de los eufemismos y los diminutivos.

Pero hay olvidos y olvidos y me interesa pensar que no todo olvido es una enfermedad. El punto de partida en mi quehacer son las problemáticas que enfrento en mi cotidianidad. Al principio hay una serie de ideas, de preguntas que me desvelan. Algunos ejemplos: crecí en un país machista. Todavía recuerdo haber escuchado, en el bar de la esquina de mi casa, a un hombre exclamar: *¡Es que mujer que no jode* (que no molesta, que no pone problema) *es hombre y si no, es camioneta!* La mayoría de los chistes que escuché en mi infancia eran contra las mujeres, los homosexuales y las mujeres y los hombres negros. Para responder a esa palabra monté ***Cuentos para mujeres***. Preocupado por la guerra sorda en la que crecí, monté ***La guerra de los Cuervos y de los Búhos***, inspirándome en el ***Panchatantra***. En 1994 o 95, se declaró el año mundial de la tolerancia y monté ***Los cuentos del Espíritu***, un espectáculo que habla de la otredad, de la capacidad de conocer la humanidad que el otro representa. Una vez que logro darle forma a los problemas que me acosan, en cuanto creo haber visto cuántas patas, brazos y cabezas tiene el monstruo, comienzo a hacer la dramaturgia del espectáculo. Establezco, no siempre de manera consciente y racional, un principio de selección y un principio de continuidad y sin afán de fidelidad ni traición reescribo, me apropio, reinvento el material que he seleccionado. En general trabajo a partir de materiales orales, varios de ellos conocidos a través de recopilaciones de cuentos populares tradicionales de diferentes culturas, otros de mis viajes y otros inspirados de una frase, el estribillo de una canción, un proverbio… El objetivo fundamental de este trabajo es el de devolverle al texto su primera naturaleza, hacerlo materia sonora, fonética; vocablos y silencios. Encontrar la palabra precisa, el tempo, el ritmo, las cadencias, las musicalidades… son los principales desafíos de esta etapa. Una vez establecido el texto paso al montaje, fase de experimentación, de ensayo y error, con los músicos, la escenógrafa (siempre trabajo con la misma: Meyby Ríos). Terminado el boceto de montaje empiezan los ensayos. Ensayo mucho cada cuento, en el escenario, por supuesto pero también en la calle, en el bus, antes de dormirme, ensayo hasta la saciedad. Ensayo para olvidar. El objetivo de los ensayos, de la repetición: es el olvido. Cuando tengo que recordar un texto, cuando tengo que hacer memoria para contarlo, resulta

un cuento mutilado, que sangra. Sólo lo cuento cuando lo he olvidado, cuando se lo saben mi boca, mis huesos, los poros de mi piel, cuando está en mi aliento. A menudo la gente me dice que tengo una memoria sorprendente y me pregunta cómo hago para acordarme de tantos cuentos. En realidad no los recuerdo, no hago memoria, los cuentos los voy viendo a medida que voy contando, ocurren. En la etapa de recordar, el texto no reacciona, debe ser olvidado para poder, cada noche, revivir frente al público, volver a ocurrir.

La memoria

Abdourahman Waberi dice que *la memoria sirve para ocultar el tiempo de antaño, olvidar la herida demasiado viva, estorbándola con recuerdos que tergiversan el orden inicial de los acontecimientos.*

La memoria elabora lo que no podemos recordar, lo disfraza. Cuando por alguna razón pierdo un texto –el computador que no grabó, una libreta extraviada– y trato de reconstruir el escrito desaparecido, la memoria me traiciona, me hace sentir que el texto que no voy a poder recuperar, es superior al que estoy haciendo. Que jamás lograré igualarlo. El recuerdo idealiza el texto ausente. Sólo si lo olvido puedo reencontrarlo, hacerlo nacer de nuevo.

El neurólogo ruso Alexander Romanovich Luria habla en uno de sus libros[4] de 2 casos ejemplares que encontró en 2 momentos de su vida. El primero es el de un hombre que no puede recordar, recibió un impacto, tiene fragmentos metálicos incrustados en su cabeza, uno en el cerebro, que afectó la llamada *memoria inmediata*. No recuerda lo que hizo 5, 10, 20 minutos, 3 días, 2 años… atrás. Su consciencia del pasado quedó suspendida el día de la explosión del artefacto que lo hirió.

El segundo caso cuenta la vida de un hombre que sufre otro disturbio, otra enfermedad: lo recuerda todo. Una memoria prodigiosa: este hombre recibe de su jefe la orden de tomar notas en una reunión importante. Terminada la reunión, el jefe, disgustado, le hace un reclamo, no lo vio apuntar nada y el hombre le describe, con lujo de detalles, todo lo ocurrido.

Siguiendo la lectura del libro descubrimos, no sin asombro, que el primero de los dos casos tiene cura, el hombre que olvida escribe todos los días, se entrena. Lo nombra todo, una y otra vez. Lee la vida, los signos. Interpreta. Otras zonas del cerebro acuden, suplen funciones ausentes, le ayudan. Consigue, no sin enormes esfuerzos, colmar, con deducciones, con intuiciones, con analogías… el hueco que tiene en lugar de memoria. En cuanto al segundo, no tiene salvación: la incapacidad de olvido, demuestra el neurólogo en su apasionante texto, es más grave que la incapacidad de memoria. Este *Funes* memorioso que, aparentemente, lo que tiene es una facultad, un poder extraordinario; este hombre que puede semejarnos un superhéroe es, como todos los superhéroes, un "tonto". Lo más grave es que ni siquiera sabe que no olvida. Si no se lo dicen ignora que no es "normal", no puede asociar dos ideas distintas, no hay metáfora, ni transposición alguna en su pensamiento. Él no sabe, solo recuerda. Sé que esta última frase tiene consecuencias, en particular si la confrontamos con la idea platónica de: saber es recordar o con aquella, que se ha convertido en una divisa, recordar es vivir, pero digamos que es otra discusión y para otros saberes. Si aceptamos que olvidar es el objetivo tenemos que reconocer que para olvidar se necesita indagar, conocer, elaborar los hechos y elaborar una percepción de ellos.

Mi trabajo es efímero en el sentido de que es materia oral, palabra dicha. Un relato del antiguo Egipto cuenta que cada año había un concurso de inventos. Llega un año en el que se presenta un hombre con un invento prodigioso, antes de permitirle presentarlo, el rey pide ver el invento y al verlo lo prohíbe. Le dice al hombre algo como: *Tu invento va a ganar y si gana, acabará con la memoria y con la capacidad de recordar.* No conocemos el nombre del rey, no sabemos si en esa ocasión el hombre obedeció la orden pero sabemos que el invento terminó por cambiar la historia del mundo, era un papiro, el primer "libro".

Esta historia subvierte los términos que nos ocupan de manera insólita, interesante, nos dice que tal vez lo efímero, lo perecedero es la memoria y lo duradero, lo que tiende a la eternidad, es el olvido.

De un acontecimiento traumático ¿qué queda? Por un lado, un recuerdo que el tiempo va deformando. Por otro, la herida, la llaga abierta. De la llaga ¿qué queda? La cicatriz. Para decirnos que eso ocurrió, para que contemos la historia, pero la cicatriz ¿qué es? ¿Es memoria o es olvido?

Si la enfermedad del olvido es la amnesia ¿cuál sería la enfermedad de la memoria? ¿La obsesión?, ¿el rencor? ¿No puede ser, la memoria, la incapacidad de la cicatrización?

Si hablamos de llagas, de heridas profundas en órganos vitales de nuestra letal y extraordinaria especie, los humanos, ¿no sería la memoria un camino? ¿El necesario trayecto para el olvido?

En la historia que traje a cuento, los términos pueden leerse de manera opuesta, –permítaseme creer que esta contradicción no es una incoherencia sino, más bien, una expresión más de la complejidad del asunto– la escritura, el registro, ese invento maravilloso, representaría la muerte, materializada, sería olvido, frente a la palabra viva y efímera que sería la presencia de la memoria, la vida.

La ventaja de esta "palabra de cuentero" es que dos ideas contradictorias pueden vivir bajo un mismo techo.

Notas

[1] Tomo este título prestado del libro que publiqué en Portugal *Palabra de Contador*. Ediciones Apenas Livros Ldta. Lisboa 2007

[2] Virginia Foundation For the Humanities. Charlottesville. November 2004.

[3] En Colombia se usa, de manera coloquial, la expresión *echar cuentos, echar el cuento* y puede significar: adular, embaucar, seducir, engatusar, convencer…

[4] Luria, A.R. *The Man with a Shattered World*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1987.